

¿Ha muerto (definitivamente) la pintura? El compromiso con su tiempo

Desde siempre hemos necesitado representar lo desconocido, tanto para sentirnos seguros, como para poder imaginar –aunque sólo sea por un instante- aquello a lo que tenemos miedo

La pintura como representación gráfica, simbólica o plástica, ha sido siempre el medio del que se ha valido el hombre para reflejar la realidad que tenia frente a él, para crear emociones, para comunicarse con su entorno e incluso para conectar con los espíritus o con el mundo interior, guiado por una necesidad imperiosa e inevitable, fruto de la manifestación de su inteligencia y evolución.

Con el transcurrir del tiempo y paralelo a las conquistas de libertades – reales o de conciencia-, el desarrollo social y los avances tecnológicos nos han conducido (tras un periodo de desgaste) a una infravaloración de la plástica y a un nulo valor como creación, incapaz de conectar con las pulsaciones de su época. Una plástica que ya no interviene en los grandes acontecimientos actuales de la cultura de masas (Dokumenta de Kassel, Venecia, Sao Paulo, Tokio o Nueva York).

La creación artística está más abierta que nunca; nuevas tecnologías y medios,- mas modernos y sofisticados-, nos ofrecen lenguajes mas contemporáneos, nuevas formas de representación y discusión, un arte mas limpio, mas aséptico. Y de aquí surge la pregunta que todos los pintores, creadores de una obra y un lenguaje plástico, nos planteamos en estas circunstancias: ¿ha acabado la pintura como forma de expresión con la entrada de este siglo XXI?.

Difícil lo tiene realmente si no se cambia de actitud frente a este problema.

Si no puede aportar nada a la creación estética más vanguardista, sí puede dirigirse hacia un comportamiento más reflexivo, más silencioso; más a modo de refugio que de una nave guerrera. Los medios de representación ofrecen otras alternativas y de hecho, pintar podría representar una perdida de tiempo, si no se hace del hecho pictórico un ejercicio de reflexión y de introspección. El verdadero arte surge dentro de uno mismo, hacia el interior.

La pintura es una ventana inerte donde nos asomamos a un espacio sin movimiento, donde todo es silencio, con una necesaria implicación espiritual para entenderla, como si fuera una prolongación del pensamiento, liberándonos de nuestra propia soledad, evocando la levedad que fluye en el tiempo. No hay interactividad en la obra, no hay movimiento en el espectador que observa: es una unión imagen-receptor, una sugerencia del sentido efímero de la memoria, del construir, del hacer...

Se acabaron los tiempos de la pintura como líder de las vanguardias, de la pintura de acción, del informalismo, del povera, del neo-expresionismo, de la plasticidad como fundamento, del instinto...

Ahora –como la poesía-, la pintura tiene que sublimar su propia intemporalidad (la verdad es siempre) y adquirir un compromiso, tanto crítico, político como estético, dando nuevas soluciones a los viejos problemas que ha originado la práctica de la pintura desde las miniaturas e ilustraciones medievales. Es más, dado que la plástica desde sus inicios tuvo el atrevimiento de hacer suyo el acto individual como fundamento de su trabajo, su postura vital frente al mundo real es la lucha contra el viejo sistema de la razón y el materialismo como verdad única.

En este devenir de fragmentaciones, de caos organizado, la pintura se siente incómoda y se rebela contra lo establecido. Es necesario tocar las conciencias y mostrar cómo lo ‘otro’, lo que no es material, lo que nos hacen sentir como lejano, es el fundamento de nuestra verdad, como complemento a la naturaleza humana, a nuestra propia esencia.

No queremos más. Queremos mejor.

Miguel Barnés Roldán
Pintor.